



ENVEJECER... SIENDO LAÍN ENTRALGO

Por José Antonio García Fernández

(Artículo publicado en *Diario de Teruel*, sábado, 10 de noviembre de 2001, p. 16)

Dedico este artículo a mi alumno Alberto Casorrán, que, cuando pregunté en clase si Laín había estado en Híjar alguna vez, respondió: “Sí, y se meó en los pantalones”.

Efectivamente, Laín estuvo en Híjar, ya nonagenario, cuando se inauguró el instituto que lleva su nombre. Vino acompañado por su hija Milagro, muy mermado físicamente, limitado espacialmente a la silla de ruedas que usaba para desplazarse. Menguado, pues, en lo fisiológico, pero con total lucidez de pensamiento, aún en su avanzada edad, pudo dedicar unas palabras, con la brillantez que en él era habitual, en aquel acto de inauguración. Estaba profundamente emocionado por que un centro educativo cercano a la localidad que le vio nacer (Urrea de Gaén, en la comarca del Bajo Martín, Teruel) lo conmemorara. ¡Él, que había recibido tantos homenajes! Y es que, aunque su cátedra fue universitaria, Laín era consciente de la importancia de la educación secundaria para la juventud.

Don Pedro fue un vencedor de todas las limitaciones impuestas por el vivir. Nunca se jubiló de la vocación que lo habitaba, la vocación de intelectual. Fue un hombre ejemplar hasta el último momento. Y un trabajador infatigable al que no frenaban ni los achaques de la ancianidad. Precisamente, uno de sus últimos trabajos lo dedicó a *La empresa de envejecer*. Se trata, en realidad, de cuatro conferencias que dictó con más de noventa años en la Biblioteca Nacional de Madrid, luego recogidas en la revista de la Fundación de Ciencias de la Salud y recientemente reeditadas, con los primores del homenaje, tras su fallecimiento, el 5 de junio de 2001, en un volumen de la colección “Galaxia Gutenberg” que la distribuidora panhispánica Círculo de Lectores acaba de presentar al público.

Asombra ver la lucidez con que este anciano, decaído físicamente, limitado en lo motórico, encaró los últimos tiempos de su portentosa existencia. Lucidez de filósofo, acompañada por una estoica serenidad y el hondo calado cristiano del hombre que mira

la muerte con la naturalidad de lo inevitable. Para Laín, envejecer era una *empresa*. Empresa personal, encrucijada, acción propia. Distinguía nuestro pensador entre el mero *hacerse viejo*, con la aceptación paciente que ello conlleva, y el activo *envejecimiento* que él propugnaba. Envejecer es algo emprendido, algo que se personaliza con el hacer de cada uno.

Lo primero que conviene en la tarea del envejecimiento es aceptar las limitaciones que la edad impone; hacer, mas dentro de las posibilidades que ella nos deja. Por supuesto, refugiarse en algún aspecto de la creatividad humana para seguir considerándonos útiles, huyendo de ocupaciones meramente repetitivas de las que nunca puede extraerse ninguna realización. Para Laín, esa manifestación creativa de lo personal era su tarea como investigador, como conferenciante infatigable de los ámbitos hispánicos. Él nunca buscó banales “juvenilizaciones”, tan frecuentes en la sociedad en que vivimos. El viejo debe aceptar su edad, sin pretender ser quien ya no es. Es la suya una etapa esencialmente memorativa, pues si el joven espera mucho y recuerda poco, los términos se invierten al llegar a la ancianidad. El viejo sabe cabalmente lo que su presente es y sabe la limitación de sus esperanzas en el futuro.

Tal es, en primer lugar, el reto de la vejez: encararla como es, sin enmascararla con pueriles disimulos, sin afeites de ningún tipo. La otra tarea que ha de hacerse es la de afrontar la propia muerte. Laín la pensó personalizándola con mirada serena. *Vivir la vida* es algo al alcance de cualquiera, incluso sin necesidad de demasiadas luces. La capacidad de mirar de frente a la Gran Dama, el valor de *vivir la muerte* anticipándola en el pensamiento, es quizá tarea que muy pocos son capaces de afrontar. Hacen falta grandes dosis de convicción, racionalidad y estoicismo. Laín tuvo las tres condiciones y, por ello, pudo establecer que la muerte —la suya y la de todos nosotros— debía ser, a la vez, hecho, acto y evento. Le gustaba citar a Rilke, quien, al ver a los heridos de un hospital, pedía a Dios que diera a cada uno su “muerte propia”.

Como hecho, es la muerte incontestable, supone la cesación de la actividad y las funciones vitales. En cuanto acto, el muriente debe aceptar el hecho inexorable del morir, entendido como el tránsito hacia una pervivencia de la persona o hacia un existir simplemente mineral, de acuerdo a sus particulares creencias. Y por lo que hace al

evento, dependiendo del reconocimiento social del difunto, su muerte será un acontecimiento puramente familiar o solemne y pomposo.

Pedro Laín Entralgo vivió su vida con la misma plenitud con que supo morir la muerte. Supo aceptar las limitaciones que le impuso la edad madura, sin que ellas le desviaran un ápice de su auténtica vocación. Como médico, pudo describir los deterioros fisiológicos consustanciales a la vejez. Los conocía perfectamente: canicie, aspecto de la piel, “fuga de nombres” o fallos de memoria, encorvamiento del tronco; disminuciones de la talla, del tamaño del cerebro, del flujo sanguíneo y la glucosa; fatiga, menor rendimiento físico, muertes neuronales... Puedes añadir, si quieres, amigo Alberto, esa incontinencia urinaria que tú mismo apreciaste en alguna ocasión. Nada de eso puede empañar la serena trayectoria de este aragonés que se atrevió a seguir su camino hasta el último suspiro. Las decrepitudes de la vejez respetaron la limpidez de su mirada y esa extraordinaria capacidad de pensamiento que conservó toda la vida.

Yo le pido a Dios, para ti, Alberto, una vida tan prolífica como la suya y, a la manera de Rilke, que Él nos dé a los dos el privilegio de vivir “nuestra muerte propia”.